

# Los derechos lingüísticos y la necesidad de reformar el Estado federal belga

*Philippe van Parijs*

*Sin Permiso* (Barcelona / Buenos Aires)

16/09/07

¿Hay que reformar nuestro Estado federal? Desde luego que sí, pero con tiempo, y al servicio de dos objetivos.

Primer objetivo: vaciar de raíz el absceso del que la fiebre BHV [el Bloque independentista flamenco, de sesgo ultraderechista y xenófobo]. ¿Cómo? Aceptando de una vez por todas la legitimidad del principio de territorialidad lingüística. *Le Soir* (16/8/07) acaba de dar un buen ejemplo republicando un texto aparecido en sus columnas en 1932. El gran estadista valón Jules Destrée declaraba en él su negativa a admitir que los francófonos “pretendan no hablar otra cosa que francés en Flandes”, condenaba “esa manera de apartarse con desdén del medio en que se vive, de rechazar la toma de contacto con el pueblo, y añadía que “de las autoridades administrativas”, los francófonos “no pueden reclamar información sino en la lengua de la gran mayoría”.

Digamos todos pues, con Destrée, adiós a la “Belgique de Bon-Papa”, afrancesable a voluntad. Dejemos de buscar miserias en la región flamenca porque condiciona el acceso a la vivienda social al compromiso de aprender la lengua flamenca. Ratifiquemos la Convención-marco para la protección de las minorías nacionales, pero precisando, esta vez sin ambigüedades, que los flamenco-parlantes que se instalan en Valonia y los francófonos que se instalan en Flandes no tienen ni más ni menos derechos lingüísticos exigibles que los italianos o los polacos.

¿Y las facilidades en la periferia bruselense? Su creación en 1962 fue un mal compromiso. Mucho mejor habría sido en aquel momento ligar a Bruselas una parte de las comunidades afectadas y no dar a las demás ningún estatuto particular.

¿Qué hacer hoy? Lo que debería haberse hecho entonces. Como saben todo muchacho y toda muchacha un poco crecidos, no se puede tener todo lo que se desea; ambos lo saben, como saben que un compromiso para siempre tiene algo de arbitrario y que, de todos los criterios posibles, un *fifty-fifty* aproximativo no es lo más idiota. ¿Concretamente? Por ejemplo, que las dos comunidades más grandes de los seis municipios afectados se queden en Flandes, con todas las facilidades

preservadas para quienes ahora disfrutan de ellas, pero no extendidas a sus hijos ni a quienes lleguen en lo venidero; y que las cuatro más pequeñas —un poco menos del 40% de la superficie total, un poco más del 50% de los habitantes— formen parte de la región de Bruselas-capital. Habrá grito de ambos lados. Está claro. Es incluso buena señal. Pero eso no debe impedir seguir adelante —como se siguió adelante con la transferencia [a región valona] de la nueva Universidad Católica de Lovaina— en interés de Valonia, de Flandes y de Bruselas, en vez de seguir tirándose del moño durante siglos.

Pero ¿acaso no puede verse ya —esperándola o temiéndola— en ese ligero engrandecimiento de la región de Bruselas —media milésima del territorio nacional— la prefiguración de una extensión de la región bruselense al conjunto de su *Hinterland* socioeconómico, digamos a toda la vieja provincia de Brabante? Desde el punto de vista de la buena gestión de la entidad urbana, de la que la actual región de Bruselas es el núcleo, semejante extensión es la evidencia misma. Pero desde el punto de vista lingüístico sería un juego tramposo. Hay que ser inteligentes para comprenderlos y honestos para reconocerlo. No sólo la asimetría entre las lenguas llevaría a una regresión gradual del flamenco en esa “gran Bruselas” análoga a la que se ha producido ya en la “pequeña Bruselas” de nuestros días. Por lo demás, las posibilidades reales de una sensible mejora del conocimiento de la lengua flamenca en esta “pequeña Bruselas” no se verían aumentadas, sino drásticamente disminuidas.

¿Están, pues, los francófonos de Bruselas condenados para siempre a desaparecer de su periferia? De ningún modo. Pueden, como cualquiera, instalarse en Flandes, pero a sabiendas de que el aprendizaje de la lengua flamenca es requisito indispensable para ser plenamente ciudadanos de su región. Si eso exige de su parte o demasiado coraje o demasiada humildad, el Brabante valón está al lado mismo, y los acogerá con placer, como acoge, por lo demás, a todos los flamenco-parlantes que no desdeñan hacer un esfuerzo simétrico.

Y a todo eso, ¿qué hay del Bloque Flamenco? Para cualquiera que haya comprendido, como Destrée, la necesidad de contener la “mancha de aceite”, el distrito electoral de Bruselas-Hal-Vilvorde no es jalón precursor de la Bélgica del futuro, sino un vestigio de la Bélgica de *Bon-Papa*, que complica inútilmente nuestras instituciones electorales. Desde el momento en que un compromiso honorable desplace la frontera regional unos cuantos kilómetros cuadrados, la coherencia exige que ese distrito sea escindido.

Incluso hecha la corrección, la región bruselense quedará como una pequeña Bruselas, porque sería insensato creer poder gestionar de manera coherente, y de forma separada de su *Hinterland* inmediato, el Brabante flamenco y el Brabante valón. Ese hecho fundamental explica por sí sólo por qué podemos estar seguros de que la Bélgica federal nos sobrevivirá a todos. Y sólo esto lo explica. La

Bélgica federal no es un fin en sí mismo. Es el complemento ineluctable de una pequeña Bruselas. De lo que se trata hoy es de hacer que funcione mejor: es el segundo objetivo que debería perseguir una reforma del Estado.

No basta para eso con hacer el duelo por la Bélgica unitaria de Bon-Papa. Hay que hacer también el duelo por la Bélgica de Papa, la que se imagina compuesta de dos pueblos. La Bélgica de nuestros días, y más aún la del futuro, no está compuesta de tres naciones, sino de tres regiones. No mucho más de un 40% de la población actual de Bruselas es de origen flamenco o valón. Cada año, ese porcentaje sigue disminuyendo: la llegada de extranjeros de todos los orígenes compensa sobradamente la huída de los belgas, sobre todo al Brabante valón. Bruselas, o Bélgica, compuesta de dos pueblos no era una cosa absurda en tiempos de Destrée. Pero ahora sí ha dado en serlo, y cada vez más.

Es pues, decididamente, en términos de tres regiones que hay que pensar el futuro del país. Su funcionamiento armonioso exigirá tarde o temprano que Valonia y Bruselas se apropien de las competencias que les faltan en materia de enseñanza y cultura. Exigirá que Flandes, conforme a la voluntad de una mayoría de su población, otorgue a la ciudad de Amberes una dignidad de capital a la que su gloria pasada y su dinamismo presente la acreditan holgadamente.

En el contexto presente, empero, de lo que se trata primordialmente es de repensar el reparto de competencias entre el Estado y las Regiones: para asegurar que cada nivel de poder se pueda encargar de lo que mejor pueda hacer, y para asegurar que las recompensas o los castigos vengan justamente, en función de la calidad de las políticas que desarrolle. Un reparto semejante no es evidente en ningún sitio. Pero resulta particularmente delicado cuando las tres regions que se desea autonomizar lo más posible se superponen en la aglomeración central del país.

Regionalizar y responsabilizar con los intereses de todas las partes puestos en el largo plazo es, con todo, posible (como lo es atacar decididamente la fuente del problema del Bloque Flamenco).

Pero no podemos esperar de unos negociadores extenuados y enervados tras meses de campaña y rifirafe que improvisen el conjunto coherente de soluciones ingeniosas y equitativas que esta doble tarea requiere. Que los negociadores constituyan rápidamente el gobierno que el país espera y que deleguen ese trabajo preparatorio, como ha sugerido hace poco el ex-presidente de la Academia Flamenca, Marcel Storme, a un grupo de juristas y economistas de reconocida solvencia e integridad. Tal vez exigiéndoles, como a los comisarios europeos, que presenten juramento de no tener ojos sino para el interés del conjunto y no de la

parte de la que proceden.

Reformar inteligentemente el Estado federal será más fácil y más rápido luego de que la inauguración de una circunscripción federal incite a los dirigentes políticos a elaborar de entrada proposiciones defendibles ante todos. Pero, incluso entonces, resultará inevitablemente más laborioso que en los Estados monolingües. Es el precio que hay que pagar hoy en Bélgica por algo de lo que mañana, en Europa y en el mundo, habrá cada vez más necesidad.

**Philippe van Parijs** es miembro del Consejo Editorial de SINPERMISO. Acaba de aparecer en castellano su libro (escrito en colaboración con Yannick Vanderborgh) *La Renta Básica* (traducción castellana de David Casassas, Prólogo de Daniel Raventós, Barcelona, Editorial Paidós, 2006).

**Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Ramona Sedeño**